

# El campo: instrumento estabilizador del país\*

*The rural sector: a stabilizer instrument of the country*

CÉSAR DE HART VENGOECHEA



Nuevamente nos corresponde disfrutar de la hospitalidad caleña y de su contagioso civismo. Cali y su ciudadanía han venido siendo blanco de un pequeño grupo de personas con alta capacidad de hacer daño, proceso que han vivido otras ciudades y zonas del país.

Caleños, queremos decirles que creemos en ustedes, en sus capacidades, en su afán de servicio a la comunidad. Por eso hoy, Fedepalma quiere expresarles su solidaridad con la realización de este evento en esta ciudad.

Señores palmicultores, hoy día podemos sentirnos orgullosos de nuestro sector, de su capacidad empresarial, de su visión de futuro, de nuestros técnicos, de las condiciones humanas y personales de esta familia palmera, de sus dirigentes, de nuestro sector industrial, eslabón indispensable de nuestra cadena, y muy importante, de las sólidas instituciones sectoriales que hemos creado.

Bajo la acertada gestión de nuestro Presidente Ejecutivo, Dr. Jens Mesa Dishington, con un magnífico equipo de colaboradores, oportunamente se han creado los mecanismos idóneos para sortear exitosamente múltiples y diferentes vicisitudes. Es así como Cenipalma, bajo la progresivamente productiva dirección del Dr. Pedro León Gómez Cuervo, hoy día despliega unos resultados de aplicación práctica y efectiva para el manejo de nuestros cultivos.

Con mucha imaginación y acierto se han diseñado instrumentos como el Fondo de Fomento Palmero, el Fondo de Estabilización de Precios y la C.I. Acepalma S.A., acertadamente administrada por el diligente funcionario que es el Dr. Luis Alfredo Orozco Lourido.

Igualmente, y por qué no mencionarlo, bajo la guía de nuestros mayores, con madurez y milimétrica planeación se han conformado los cuadros directivos, anticipando adecuadamente la inexorable y natural sucesión generacional. Sin faltar a la verdad, podemos afirmar que hay mística, preparación, seriedad, planeación, visión, y un inmenso deseo de servir a Colombia dentro de los límites de una sana actividad empresarial y comercial. Paradójicamente, mientras los colombianos estamos cuestionando la solidez institucional de nuestro país, a nivel sectorial, Fedepalma viene consolidando unas sólidas instituciones gremiales. Este esfuerzo, y sus resultados, merecen una reflexión de parte de quienes no están afiliados a Fedepalma, de manera que participen en la búsqueda del bienestar general. Fedepalma tiene abiertas sus puertas.

A pesar de la hecatombe nacional, no hemos perdido nuestra capacidad soñadora y de convertir en realidad esos sueños.

Es así como superamos el cuestionamiento a nuestra misma existencia que nos planteó un equivocado manejo de la apertura económica y de la tasa de cambio, ante la

\* Palabras del Presidente de la Junta Directiva de Fedepalma, en el acto de instalación del XXVI Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite. Cali, 3 de Junio de 1998.

evidencia de unos deprimidos precios internacionales de los productos agropecuarios transables, con la intención de combatir la inflación interna por cuenta del sector agropecuario y del empleo nacional. Los neoliberales a ultranza dirán que precisamente ese era el objetivo: el aumento de la eficiencia y que felicitan al sector.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿a qué costo social el país le ha dado gusto al dogmatismo intelectual imperante en todo este proceso? Cabe también preguntarse ¿hasta qué punto la mayor eficiencia por cuenta del productor puede compensar la menor competitividad que ocasionan la suma de los subsidios, apoyos, protecciones, tecnología, bondades de las economías de escala y competitividad de la estructura general de los países desarrollados? A ello sumémosle el lastre de la inseguridad, de los costos inherentes a las medidas ambientales, el efecto de los altos costos financieros colombianos y la deficiente infraestructura del país.

El hecho es que, como sector, pasamos de exportar 7.000 toneladas de una producción de 285.000 toneladas en 1992 a una proyección de exportaciones de 80.000 toneladas de un estimado de producción de 450.000 en 1998. En otras palabras, hemos aprendido a exportar.

A pesar de todos estos logros, no podemos incurrir en la autocomplacencia. Son muchas y muy variadas las dificultades que nos esperan.

Es imperativo que seamos conscientes de que 1998 es un año atípico, como posiblemente lo será el 99. Tan extraordinario e imprevisible ha sido el comportamiento del mercado que ha ocurrido lo impensable: actualmente, y muy circunstancialmente, el precio de exportación es superior al interno. Es pertinente que este sector reclame el crédito por su manejo maduro al procurar no desatender a sus clientes nacionales.

Varios factores han incidido para que las cotizaciones internacionales de los aceites sean tan atractivas, coincidiendo a su vez, con el inicio de operaciones del Fondo de Estabilización de Precios.

Esta circunstancia despierta preocupación de que los palmeros atribuyan de manera exagerada su coyuntural

buenaventuranza al Fondo y no a la situación del mercado internacional. La realidad, para planear el futuro de la palma de aceite en Colombia, es que éste será más parecido a los años 95/96 que a los 97/98. Este es un tema de ineludible reflexión.

Nuevamente debo decirlo: de nada sirve ser más competitivo si no se es lo suficientemente competitivo, de manera de poder lograr niveles aceptables de rentabilidad en el concierto internacional.

Por otra parte, nuestra competitividad, en lo que respecta a variables bajo el control de nuestro sector, como son el desarrollo de tecnología, las prácticas administrativas, el manejo de plantaciones y el control de costos, entre otras, en buena medida depende del tamaño de nuestras unidades de producción, para poder aprovechar todas las economías de escala. En este terreno hay mucho por hacer en materia de integraciones, fusiones y alianzas estratégicas.

Indudablemente, si el Gobierno diseña los instrumentos adecuados, Colombia puede realizar un ambicioso desarrollo de la palma de aceite, no en cientos de miles de hectáreas, sino en millones de hectáreas, como lo indicó la reciente visita de los técnicos malasios.

La palma de aceite requiere recursos, capacidad de gestión, mentalidad empresarial, visión de largo plazo, planeación, créditos adecuados. Pasar por alto estas consideraciones conduciría a la incubación de una frustración. Con este cultivo no se pueden acometer proyectos como los que se han realizado con el caduco modelo del Incora, centrado en la distribución de tierras y a espaldas de la capacidad empresarial y de gestión.

Teniendo claridad en estos aspectos, es mucho lo que este sector le puede aportar a Colombia en términos de empleo, bienestar y estabilidad social.

Hoy, basados en el éxito que este sector ha tenido en la superación de tantas dificultades, los palmicultores tenemos la autoridad moral para invocar una rectificación de fondo al manejo del campo colombiano sin que se nos tilde de estar movidos por nuestros propios intereses.

---

*Si el Gobierno  
diseña los  
instrumentos  
adecuados,  
Colombia  
puede realizar  
un ambicioso  
desarrollo de  
la palma de  
aceite.*

---

El campo en general, y la palma de aceite en particular, constituyen un instrumento estratégico para resolver los problemas sociales, políticos, de violencia, de narcotráfico, de pobreza, y de concentración de riqueza.

Al campo lo pueden reducir cuantitativamente (en términos de población, como porcentaje del PIB, como porcentaje de las exportaciones), pero no en su condición de instrumento estabilizador del equilibrio social en Colombia.

Es que la concepción del estadista antecede a la del economista; la del político a la del técnico; el qué al cómo.

Por no tener claridad sobre estas nociones es por lo que se han pasado por alto varios interrogantes:

- ¿Cuál es la relación entre el campo y el equilibrio social-urbano?
- ¿Cuál es la relación entre el campo y la estructura social y política del país?
- ¿Qué ocurre con la brecha de ingresos entre los sectores rural y urbano?
- ¿Qué relación hay entre la pobreza del campo y la concentración de riqueza en grupos industriales, financieros y comerciales?
- ¿Qué relación hay entre la miseria rural y la violencia en Colombia?
- ¿Es compatible la superación de esa miseria con un estricto sometimiento del campo a las reglas absolutas de una economía de mercados?
- ¿Qué relación hay entre la miseria rural y el narcotráfico?
- ¿Qué es más provechoso para la sociedad colombiana, incurrir en un esfuerzo para recuperar el campo como una política de estado, o el dejar abierta la caja de Pandora que significa el actual estado de cosas?
- ¿Qué relación hay entre la miseria rural y la informalidad del empleo urbano?

- ¿Qué relación hay entre la miseria rural, la violencia y las migraciones campesinas y el fenómeno de desplazados producto de un proceso de expulsión humana?

Muy grande es la responsabilidad y el peso de conciencia de quienes le recetaron al campo tan inconvenientes fórmulas y de quienes no las enmiendan pudiendo hacerlo. ¡Qué cargo haber convertido a Colombia en el infierno que es! Todo en aras del dogmatismo de unos doctores con muchos conocimientos académicos, pero que no conocen el país ni las relaciones de causa y efecto de muchos problemas que no encuentran sus explicaciones en la economía y la estadística, sino en la historia, la sociología y la política.

  
*Pero no sólo ha fallado el Gobierno. Ha defraudado toda la clase dirigente: empresarios, gremios, sindicalistas, los líderes de izquierda, la sociedad toda.*  


¿Que este enfoque es anticuado y no corresponde al momento actual, al de la informática, al modelo de la economía de mercados, al de la era de los servicios? Aceptado. Pero es que la realidad colombiana tampoco corresponde a lo que debía ser o a lo que quisiéramos que fuera. Es que estamos agobiados por una guerrilla ya anacrónica y anticuada en sus planteamientos, como recientemente lo afirmó, increíble, el mismísimo Fidel Castro. Es que la solución debe corresponder a cómo es el problema, no a cómo se quisiera que fuera. Pero como no les gusta la solución, terminan por ignorar el problema. ¡Qué irresponsabilidad!

Los sucesivos gobiernos han sido pasivos con respecto al problema de la alteración del orden público, oscilando entre diálogos y la acción militar, renunciando a la herramienta que el campo constituye para ganarse la mente y el corazón del campesino, como lo hicieron los malos derrotando a una guerrilla comunista.

Pero no sólo ha fallado el Gobierno. Ha defraudado toda la clase dirigente: empresarios, gremios, sindicalistas, los líderes de izquierda, la sociedad toda. El actual estado de cosas es el resultado de un muy mal manejo del país durante mucho tiempo.

Nuestra sociedad colombiana no logra dilucidar una serie de paradojas y contradicciones:

- ¿Cómo es que el ejercicio de la autoridad y la disciplina riñe con el progreso, con la sensibilidad social y con la libertad?
- ¿Cómo es que la izquierda logró imponer que la población no puede participar en una guerra irregular, situación que no ha sido resuelta sin su participación en la historia contemporánea del mundo?
- ¿Cómo es que el que busque alternativas o planes de contingencia a la negociación resulta ser enemigo de la paz?
- ¿Cómo es que hemos pasado de que la puerta del diálogo siempre debe estar abierta a que es la única que se puede abrir?
- ¿Porqué los candidatos presidenciales aceptan esa premisa?
- ¿Por qué tenemos un síndrome de Estocolmo, un sentimiento de culpa colectivo, una baja autoestima nacional que nos hace incapaces de reaccionar en defensa de unos principios, por unos ideales, y equivocadamente nos hace sentir que luchar por nuestros derechos individuales nos convierte en guerrillistas?
- ¿Por qué quien plantea estos interrogantes queda clasificado como guerrillista?
- ¿Por qué en Colombia a quien atenta contra el orden institucional se le otorga status político pero quien reacciona en su defensa es delincuente?
- ¿Por qué si la sociedad condenó a Belisario Betancourt por sus palomas de la paz nuevamente apelamos ingenuamente a la sensibilidad humana de los violentos en posiciones que indican claudicación?
- ¿Por qué el tema de la extradición despertó un gran nacionalismo solidario con quienes pudieran ser objeto de esa figura, pero en cambio la fibra nacionalista no se despierta cuando los Estados Unidos enjuician a nuestros militares colombianos?
- ¿Por qué, y con razón, se denuncia la ineficiencia de las Fuerzas Armadas, pero quienes así lo hacen,

aunque tienen conocimientos para aportar y mucho que defender, no prestan el servicio militar, ni sus hijos, ni sus nietos?

- ¿Por qué los grandes grupos económicos denuncian la concentración de riqueza en el campo, pero nadie los toca a ellos? ¿Acaso el abuso de poder, de riqueza y de privilegios no causan tanto daño como la guerrilla?

■  
*¿ Por qué  
imploramos  
la paz,  
estamos  
dispuestos a  
negociarla,  
pero no a  
luchar por  
ella?*  
■

- ¿Por qué quienes más contemporizan con los violentos y recurren al apaciguamiento de la guerrilla son los que más incurrir en la violencia y el dogmatismo intelectual?
- ¿Por qué nuestra sociedad, sin faltar a la tolerancia, no puede trazar una raya más allá detrás de la cual no negocia, no transige, no contemporiza?
- ¿Es realista suponer que con el monopolio de las armas por parte del Estado se pueda resolver un conflicto irregular invocando la eficiencia de las Fuerzas Armadas?
- ¿Por qué imploramos la paz, estamos dispuestos a negociarla, pero no a luchar por ella?

- ¿Por qué en Colombia quien no tiene firmeza es "ponderado"?
- ¿Por qué a quien reacciona, peyorativamente se le tilda de reactivo, y quien no reacciona es proactivo?

Todos estos interrogantes tienen como respuesta una constante: La sociedad colombiana está pensando con el deseo, y el deseo resta objetividad y termina siendo mal consejero. Por eso no encontramos el camino. Tenemos confusión en nuestros mapas mentales.

Hay que romper el paradigma de que para alcanzar la paz son suficientes las buenas intenciones y de que bajo ninguna circunstancia se puede luchar por alcanzarla.

En el frente internacional, a Colombia se le viene imponiendo una agenda a espaldas de su realidad, de sus prioridades, de sus particulares condiciones. El Gobierno entrante tiene el enorme reto de equilibrar, de conciliar las presiones externas sobre su agenda con las

soluciones realistas de nuestros problemas, adaptándolas a nuestras prioridades, a nuestras circunstancias.

Para enfatizar lo anterior, es preciso afirmar que la agenda internacional adolece de un doble código de ética:

- Con razón se nos cuestiona al país en el tema de derechos humanos pero quien lo hace no suscribe una elemental denuncia contra las minas quiebrapatas.
  - Se ejerce una válida represión contra el narcotráfico que debería estar acompañada con una solidaridad para recuperar el campo colombiano. Sobre este tema. Colombia válidamente debe invocar el concurso internacional.
  - Se nos imponen medidas ambientales que tienen vasos comunicantes con consideraciones de mercados y con costos de producción.
- Se imponen procesos de globalización comercial inequitativos sin suspender los subsidios y apoyos de los países desarrollados a sus agriculturas y a sus procesos productivos.

Recuperar la tranquilidad ciudadana requiere de una visión que otorgue al campo un papel prioritario para la estabilidad institucional del país.

El país no resiste más populismo con el campo. Los problemas de violencia, de narcotráfico y de pobreza no se pueden abordar seriamente sin recuperar el campo. El campo constituye un tema de vital importancia nacional.

La búsqueda de la paz no puede reducirse al diálogo ignorado que el campo es el muro de contención de la democracia. Sin bienestar en el campo no habrá paz en Colombia.